

Editorial



Sylvie R. Moulin*

Al ser humano le gusta crear, desde el momento en que es capaz de usar sus manos. Cuando el niño abre sus regalos de navidad, se interesa más en el papel que lo envuelve y la cinta dorada, que en el juguete contenido en la caja, simplemente porque el papel y la cinta le permiten convertirse en creador. Puede, con ellos, inventar juegos o fabricar barcos y pajaritas, mientras el juguete, por muy sofisticado que sea, no le da esa opción y lo deja en un rol de “espectador pasivo”. Pero el creador inocente, al crecer, se deja llevar por su imaginación, y llegando a la edad adulta, a veces no sabe dónde fijar los límites y se deja llevar por sus sueños, su ambición, su deseo de riqueza y de poder.

Recién escuchaba una conferencia de Boris Cyrulnik sobre la creatividad de los bebés (“El bebé científico”, febrero 2019), en la cual aclaraba que la palabra “creatividad” es muy nueva, y fue Noam Chomsky que la propuso en 1946. ¿Por qué tan tarde? Porque antes se pensaba que el

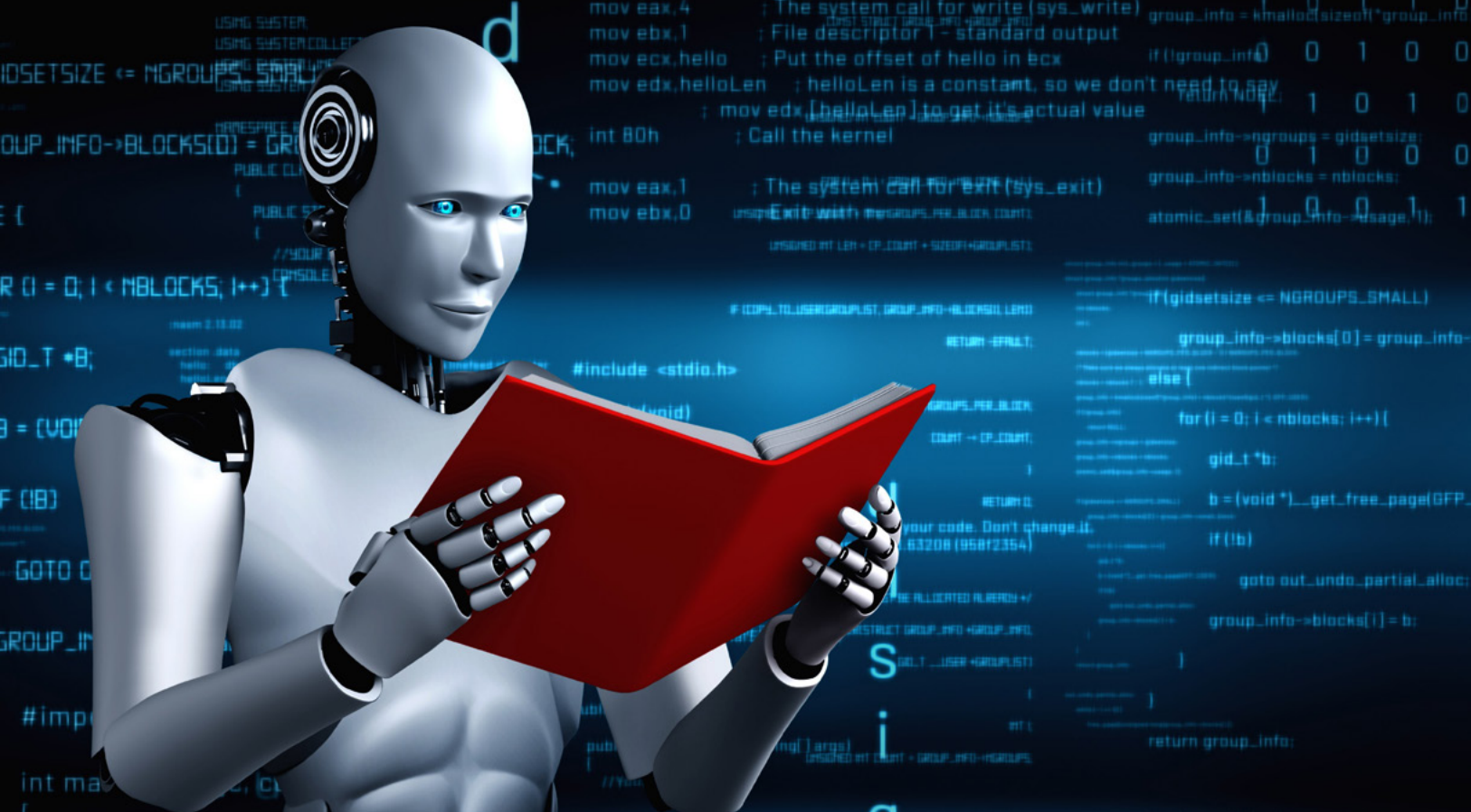
“creador” era solo Dios, el único capaz de “crear” a partir de nada, entonces el mismo concepto de creatividad no era necesario en el vocabulario del ser humano. Y ahora, como creadores, queremos siempre superar los márgenes anteriores, supuestamente para marcar progresos, mejorar nuestra condición, lograr metas más altas, progresar y desarrollarnos - nunca andamos en búsqueda de un retroceso.

¿A dónde voy con todo esto? Al hecho de que nuestra falta de límites puede enfrentarnos con un concepto filosófico, el de la ética. La ética representa, en su sentido más amplio, todas las normas morales que tutelan nuestra conducta, sea en el ámbito profesional, cívico, médico o medioambiental, y los valores sobre los cuales se funda el bien. Esto me parece perfecto.

Pero la noción de ética es también una de las más divulgadas, malentendidas y violadas de la historia. En los círculos más selectos, pierde de repente su valor y se encuentra botada al

*Profesora, traductora y escritora. Doctorado en Estudios Ibéricos e Iberoamericanos y Master en Literatura Comparada, Universidad de Paris IV-Sorbonne. Docente por 12 años en Estados Unidos. Autora de varios libros de crónicas y cuentos.





basurero, mientras que, en ambientes aparentemente cuestionables, logra sobrevivir y defender sus manifestaciones. Se habla de comportamiento ético cuando obedece a las reglas de la justicia, de economía ética cuando es transparente, evita la exclusión y se enfoca en el desarrollo local, y hasta de “ropa ética” cuando está hecha de material biológico y difundida por un comercio que respeta los valores morales. Pero entre un lado y el otro, el margen es sumamente tenue y frágil, lo que permite a veces cruzarlo como si nada y mantener una apariencia de honestidad.

De hecho, la relación entre “ética y tecnología” es un tema cada vez más debatido y también estudiado al nivel universitario: con eso se lleva la reflexión a otro nivel, para poder tomar las mejores decisiones y emitir recomendaciones. Existe el término “tecnoética”, creado en 1976 por el filósofo y físico argentino-canadiense Mario Augusto Bunge, que se aplica justamente al uso ético y moral de la tecnología - lo que supone que existe un uso no ético de ella-, e involucra tanto al productor como al usuario.

Ha sido un tema de reflexión para la UNESCO desde los años 70, y los estados miembros

adoptaron a fines del 2021 el primer acuerdo sobre la ética y la inteligencia artificial. También preocupa la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual (OMPI), y hasta Google, que buscaba a filósofos el año pasado, para hacer más éticas las inteligencias artificiales que desarrolló – elegante manera de reconocer que no lo son.

Llega también a alarmar a los gobiernos, como el de Quebec que creó recién una “Comisión de la Ética en Ciencia y Tecnología” (CEST) para aconsejarlo sobre los desafíos éticos relacionados con la ciencia y la tecnología y se enfoca, entre otros numerosos temas, en las tecnologías de la información y las comunicaciones, los vehículos automatizados, el plagio electrónico en los trabajos escolares y universitarios, el teletrabajo, el uso de las pesticidas, las nanotecnologías en el sector alimenticio, el manejo político de la pandemia COVID-19 y la inteligencia artificial en el mundo del trabajo.

Al reconocer los riesgos, los tropiezos posibles y las transgresiones ya cometidas, nos estamos fijando una tarea delicada, pero sumamente necesaria para salvar los valores que permitirán a las personas y a los grupos actuar de manera tolerable para todos, y para nuestro planeta. 🔥